

## Notas

### LA U.P.B. Y LA MUERTE DEL DOCTOR GONZALO RESTREPO JARAMILLO

*El Consejo Directivo de la Universidad Pontificia Bolivariana,*

#### *Considerando:*

Que con la muerte del Doctor *Gonzalo Restrepo Jaramillo* pierde el país a uno de sus hombres más preclaros y la Iglesia a uno de los seglares más profundamente conocedores y escritores del pensamiento cristiano.

Que en el parlamento, en la diplomacia y en el órgano ejecutivo desempeñó posiciones de primera categoría, siendo uno de los guiones de la nacionalidad.

Que fue uno de los fundadores de la Universidad nuestra y recibió de la Santa Sede el título de Doctor "Honoris Causa" en nuestra Institución.

Que obras suyas, como "Peligro en Occidente" lo colocan como uno de los mejores escritores de habla hispana en este siglo, como uno de los apologistas seglares más destacados en el continente latinoamericano.

#### *Resuelve:*

- 1º - Poner la bandera a media asta durante tres días, en señal de duelo.
- 2º - Llamar con su nombre a una de las aulas de la Facultad de Derecho.
- 3º - Invocar su memoria como paradigma para las juventudes y para el profesorado.

Dada en Medellín a los trece días del mes de agosto de mil novecientos sesenta y seis.

El Presidente, *Monseñor Félix Henao Botero*

El Secretario, *Juan de Dios Giraldo Suárez*

## GONZALO RESTREPO JARAMILLO

Por Gabriel Henao Mejía

“Nada de lo que fue se pierde en el sepulcro”, dijo alguien y Gonzalo Restrepo Jaramillo gustaba repetirlo, como apotegma de verdad incorporado a la maravillosa teoría de sus convencimientos. Al linde de su muerte nosotros repetimos la frase, otorgándole el valor de homenaje para el grande hombre, porque estamos convencidos de que su obra intelectual, la suma de su insigne obra cultural, política, literaria, económica y social, perdurará para favor y prestigio de Colombia y como testimonio imponderable de la categoría mental de este ilustre hombre público.

En verdad que Restrepo Jaramillo fue un hombre de polifacéticos atributos. Orador, economista, escritor, político, profesor, con la misma perfección elaboraba un ensayo filosófico que un poema, con igual elegancia pronunciaba un discurso, dirigía un debate o regentaba una cátedra, con la misma devoción y sapiencia administraba una empresa, una universidad, un partido político, un ministerio o una misión diplomática. Tenía un concepto misional, de servicio completo, en beneficio de la sociedad y de la patria. Las encomiendas que a él se otorgaron —y fueron muchas y complejas— las realizó siempre en función de servicio. Era un misionero en el mejor sentido del vocablo; él lo dijo alguna vez: “Esa palabra misión reemplaza la angustia. Vivo para cumplir misiones: en la familia, en la patria, en la religión, en mi mismo. No soy el ser aislado, el hijo natural y expósito del acaso, sino el resultado del acto creador, unido por eso a un proceso universal de magnitud asombrosa. Mi vida adquiere valor trascendental que se sale de sí misma para sumarse a los valores comunes”.

Toda la vida de este ilustre colombiano tuvo una constante intelectual definida y definitiva, sin pausas ni mengua, ardiente, vigorosa, iluminada siempre por nobles atributos espirituales y un severo ritmo conceptual y estilístico que destaca su obra letrada con caracteres magistrales en el ámbito pensante de Colombia.

En el inicio de su faena cultural estructuró en forma poética maravillosas páginas que aún podemos y debemos regustar sin desmedro. Es verdad que abandonó bien pronto este género para sumirse en más hondas reflexiones, pero por sus ideas y por su estilo corrió siempre, soterrado pero vivo, un anhelante sentir poético que individualiza su prosa y le insufla un grato calor cordial a sus discursos y sus escritos.

Cuando su voz se quebró fatalmente, esa voz que había llenado históricamente las plazas y el parlamento, devolviendo en eco de prestigio para él el vigor arrebataste de sus proclamas y de sus discursos, ese varón de temple admirable no se frustró —como muchos lo temieron— y trasladó a la pluma el vigor, la elegancia, la inteligencia, la sabiduría y el estilo que antes moldeaban magistralmente sus cláusulas oratorias. Perdimos un gran orador, pero ganamos un insigne escritor, más perdurable para las letras, más útil instrumento al servicio de la patria.

Y vinieron entonces sus obras mayores. En diversos y aun disímiles campos logró aciertos indudables. Desde la pura literatura hasta la dura economía, por los abiertos campos de la sociología y las ardidias zonas de la política, en todos campeó con su decir galano y su pensar hondo, dando a su mensaje un sentido misional de magnífica altura programática.

Restrepo Jaramillo fue sin duda en los últimos tiempos la más alta y constante cifra del valer intelectual de Antioquia. Lo fue en ponderados ensayos y conferencias inolvidables, en la cátedra, en el gobierno, en la industria, en la universidad, en la diplomacia, en la vida social y en la política. Y a todo lo que valía como escritor, como hombre público, como estadista, sumaba sus virtudes civiles eminentísimas y sus atributos morales tan pulcros como nobles.

Ante su muerte que acongoja a la patria, a las letras, a la sociedad, apenas si nos es dable repetir para él y por él su acto de fe con el cual clausuró maravillosamente una de sus últimas obras: "En tí, Señor, busco y encuentro el resumen, la síntesis, la clave que anhelamos los pensadores. Mi existencia, mi familia, mi patria mi mundo, mi universo, mis dolores y mis alegrías, mis conocimientos y mis ignorancias, mi amor y mi dolor, mi angustia ante la muerte y mi anhelo de eternidad se centran en tí, en tu existencia que es tu esencia y da razón de vivir, de moverse y de existir a este pálido heredero de Job que es tu siervo".

---

## FRANCISCA SANCHEZ O LA ETERNIDAD DEL AMOR

Por Oscar Echeverri Mejía

*(En mi último viaje a España le hice una visita a Francisca Sánchez. De esa gratísima experiencia surgieron las siguientes notas, que reproduzco con motivo de los 50 años de la muerte de Rubén Darío, y como un homenaje a Francisca, quien —al fin se ha ido a acompañar al poeta...).*

— I —

Siempre he tenido una profunda devoción por Rubén Darío. Y mi primera visita al Serminario-Archivo del poeta, en Madrid, avivó aun más aquel sentimiento, no menos que el contacto con ese fervoroso centinela de la memoria del nicaragüense, Antonio Oliver Belmás, director del archivo de Darío y del seminario a él dedicado.

Produce cierto hondo escalofrío el hojear esas páginas en las que reposan las cartas del poeta, sus manuscritos íntimos, poemas desconocidos, confidencias que desrudan al hombre en su intimidad. Y ver las fotografías —de todas las épocas—, con un final trágico, en que aparece Rubén agonizante, documento único en la historia de los grandes artistas de la humanidad, ante el cual se siente una indefinible sensación, mezcla de terror, de piedad y protesta.

Por todo ese tesoro de recuerdos y de hitos de Darío, flota —como una bandera humana— Francisca Sánchez, a la que el bardo inmortal pidiera un día casi con angustia: "Francisca Sánchez, ¡acompañame!".

— II —

En el reciente libro de Oliver Belmás, el biógrafo narra cómo conoció Rubén Darío a la "hija del jardinero del rey", como Rubén la llama.

El nicaragüense (ya de 32 años), visitó en la primavera de 1899 la Casa de Campo de Madrid, en ese tiempo propiedad real, para penetrar a la cual había de pedir permiso. Oliver dice de Darío que era “un descendiente de Nicarao, un hombre pálido como Moctezuma, un hijo de los volcanes y los lagos”. Pero estas son consideraciones de un hombre culto: para Francisca Sánchez —hija de Celestino Sánchez, jardinero real de la Casa de Campo—, el que veía por primera vez era simplemente un hombre, dueño de un embrujo sobrehumano, que la hechizó inmediatamente. ¿Qué hechizo misterioso poseía ese que “podía ser nieto del Inca?”. Es indudable que Rubén no sólo era un ruiñeñor del verso, sino que —además— era un demiurgo.

Pues bien, la analfabeta Francisca, que había visto penetrar a la Casa de Campo muchos reyes, embajadores, ministros y duques en arrogantes coches de caballos y trajeados con vistosos atuendos, ella, la predestinada, quedó arrobada ante el extranjero que venía (ella todavía lo ignoraba) de una lejana tierra morena que sus antepasados habían descubierto. Y, sin pensarlo siquiera, cortó dos rosas y se las ofreció. (Darío más tarde, y hasta su muerte, devolvería con creces a su amada aquellas primeras rosas).

— III —

Y allí se inició un idilio que puede parangonarse con los más célebres de la historia y la literatura universales.

“El rey exótico, el rey que desde América había llegado a España, se había enamorado —como en un cuento de Tagore— de la hija del jardinero del otro rey”, nos cuenta Oliver Belmás en su libro ya citado. Pero ese rey exótico estaba casado y no podía ofrecer legalmente a esa mujer el trono de su corazón. “Mas, si en la vida no se presentaran estos problemas, ¿qué sería de la novela?”, arguye el biógrafo.

Para Darío —que no encontró freno ni en su poesía, ni en sus pasiones, ni en sus libaciones, ni en su desbordada imaginación— aquello no podía ser un obstáculo. Y no lo fue. El rey mestizo, que “escribía con las plumas que se le salían de debajo del sombrero”, se llevó a su hada campesina a la calle del Marqués de Santa Ana, Nº 29, de Madrid. Y desde entonces (1899) hasta 1914, cuando el poeta marchó hacia su patria para no regresar jamás, fueron 15 años de vida en común más dichosa y llena de ternura y nobleza que la de muchos matrimonios legalmente constituídos.

— IV —

Ahora, a mi regreso a España, he vuelto al Seminario-Archivo, he conversado con Antonio Oliver Belmás, y he dicho algunas palabras sobre Rubén Darío en la sala de actos del Seminario, en la calle de Alcalá, de la capital de la Madre Patria. Mi devoción dariana se ha puesto de nuevo al rojo vivo, y ha culminado cuando —el 30 de marzo— he visitado a Francisca Sánchez, “la hija del jardineo del rey”.

Francisca entregó —por gestiones de Oliver Belmás, y haciendo gala de su generosidad sin límites—, todo lo que tenía guardado celosamente en un baúl, y que había pertenecido al amante imperial; ese tesoro, que tuvo ella celosamente escondido durante 40 años, forma hoy el Seminario-Archivo Rubén Darío. El gobierno español obsequió a Francisca con un cómodo piso en una colonia residencial de Madrid.

Allí, en aquella mañana que nunca olvidaré, tuve el placer de abrazar a la extraordinaria mujer, de sentir —a través de su palpitante corazón— el hálito aún vivo de Rubén. Porque no sólo su casa es un santuario en el que se respira unción rubeniana, sino que su corazón —todavía niño— es una entraña en la que viven el amante y el poeta como si acabaran de nacer.

No quise hacer a Francisca el reportaje “de rigor”: ¡cuántas veces le habrán herido el alma con preguntas no siempre cariñosas, no siempre bienintencionadas! Me acerqué a ella como a un altar. Porque, ¿qué es el amor de verdad, sino un altar? ¿No es digna de todo el respeto humano una mujer que a los 84 años recuerda y ama a un hombre como si este se hallara a su lado?

Otro poeta americano exclamó un día: “Es tan corto el amor y es tan largo el olvido...”. Pues bien: Francisca tuvo la riqueza del amor de Rubén por solo 15 años; desde la muerte del poeta lo ha estado esperando cuarenta y cinco. ¿Hay en la historia de la humanidad, y aun en la novelística de todos los tiempos, un personaje que exhiba una renunciación, una fidelidad tan grandes?

Y digo que Francisca espera a Rubén, porque esa es la sensación que recibí de sus palabras. No hay que olvidar que ella despidió a su rey el 24 de octubre de 1914, rumbo a lo desconocido, y no lo ha vuelto a ver.

Sí, Francisca, es cierto, presintió la pérdida total de su amado; su corazón le dijo secreta e indiscretamente que no volvería a verlo. Pero no lo vio, no lo ha visto muerto. Para ella, más que para nadie. Rubén está vivo, sobre todo en su viejo y cansado corazón, que cuando lo recuerda (¿y cuándo no lo recuerda?), se remoja y vibra y canta como en los mejores días al lado del bardo.

Todo esto lo percibí en las palabras de la gran mujer. Creo no haberle hecho una sola pregunta. Las preguntas sobran cuando uno se encuentra, como se dice, con un libro abierto. Francisca no es ya para mí una mujer, sino un mito, una heroína, casi un personaje de novela eterna. Francisca me habló, sin yo preguntarle: no hacía falta, ¿verdad? ¿Acaso no sabía ella que estaba yo allí para verlos a los dos, a ella y a Rubén? Y él no estaba en esa habitación soleada, en ese 30 de marzo, solamente en el gran retrato que llena todo el ámbito, sino que se paseaba en la mirada, en las manos, en las lágrimas de una mujer de 84 años, que hablaba de él como si lo tuviera en sus brazos...

Sí. Para Francisca, Rubén no ha muerto. No son ya sus versos, que todos sabemos inmortales: es su presencia física, su honda mirada de mestizo y español. Son sus manos —que ella nos señala en “Güincho”, el hijo común, cuyo retrato está al lado del de su padre—, y hasta su voz hechizante, y aun sus caricias de hombre y de dios. No en vano un día él escribió ese verso de profecía: “A sus pies, como un perro, / yace un amor dormido...”.

Ese amor es Francisca, pero no duerme: vela día y noche. Y es y seguirá siendo “el lazarillo de Dios” en el sendero celestial del poeta; y refresca a diario —como él se lo pidió en el imperecedero verso— su hoja de laurel. Y no hay duda de que Dios la condujo “para regar el árbol de su fe”. Y si no lo ha acompañado “hacia la fuente de noche y olvido”, es porque ella, como un perro fiel, se ha querido quedar al pie de su sepulcro, guardando no solo sus huesos sino su memoria. Y así obedece la súplica conmovida del poeta cuando le dijo: “Francisca Sánchez, ¡acompañame!”.

Pues, ¿qué otra cosa sino acompañarlo en su peregrinar de la gloria hace esta extraordinaria mujer?

EL KIBUTZ

(Carta al Rector de la Universidad Pontificia Bolivariana)

Por Belisario Betancur

Con mi atento saludo, quiero contarle que he hecho un viaje muy interesante, cargado de experiencias y enseñanzas, por el noroeste del Africa (Senegal, Marruecos y Argelia), por Europa, pero en especial sobre la inagotable e inmarcesible Grecia donde tuve el privilegio de oír al primado de la Iglesia Ortodoxa Griega el 29 de junio, en un discurso obviamente en griego, en el Areópago, en homenaje de los Apóstoles Pedro y Pablo y justamente en el sitio desde el cual San Pablo arengó a los atenienses; y en Israel, cuyo milagro se sigue reiterando, cada vez con más vigor, cada día con fe creciente que constituye el pasmo universal. Casi que están en el primero o segundo día de la creación, haciendo la tierra, con un sistema político y económico dentro de la más pura ortodoxia democrática pero también dentro de la más profunda percepción de los derechos de la persona humana y de los deberes que le corresponden al capital frente a aquellos derechos.

En este sentido, le cuento que la primera concepción del kibutz ha sido revisada y perfeccionada, no obstante lo cual hay quienes aquí mismo le han extendido partida de defunción, aunque también los hay que afirman que un sistema que ha resistido la presión de los siglos y las más contradictorias vicisitudes, una vez que pase la ola de materialismo contemporáneo retomará su posición directriz del ordenamiento israelí. Me explico mejor; me explico con un poco más de espacio para lo cual le ruego otro poco de la mucha paciencia que tuvo conmigo en los días procelosos de mis estudios universitarios:

El origen del kibutz en el cual la propiedad individual no existe porque todo es de la comunidad, la cual provee a la totalidad de las necesidades comunitarias no solo en cuanto a vivienda, alimentación, salud, educación, sino también en cuanto al cultivo de las vocaciones artísticas, filosóficas, de otras profesiones, todo esto sin que nadie tenga título alguno de propiedad; el origen del kibutz, digo, se remonta a miles de años. Incluso en los Rollos del Mar Muerto han encontrado que la célebre comunidad de Kumram era una sociedad igualitaria cuyas reglas coinciden con las de los kibutzim actuales; los cuales, además, se inspiraron en ordenaciones del Antiguo Testamento.

Los primeros kibutzim fueron formados por jóvenes judíos que venían de Rusia donde habían vivido en los Koljoz coactivamente; emigraron a Israel y concibieron el kibutz sin coacción sino por pura voluntariedad. Todos para todos; todo para todos. Quedaba abolida la propiedad individual, la cual se diluía, se esfumaba para proyectarse como propiedad de la comunidad y, a través de la comunidad, del individuo. Este renunciaba a la disponibilidad personal pero obtaba por la disponibilidad comunitaria, puesto el pensamiento en "el ser en sociedad". En pureza, se construía así un mundo que buscaba la igualdad de oportunidades aunque no la nivelación de aptitudes, a las cuales se les da mayor opción cuando carecen de capacidad patrimonial.

Los kibutzim se levantaron sobre el idealismo previo al nacimiento jurídico del estado de Israel en 1948. Asediados por los estados árabes, sin duda mal mirados por los británicos que tenían a Palestina bajo su tutela y que querían prolongar el statu quo en beneficio de sus intereses petrolíferos en el Medio O-

riente, los kibutzim fueron la retorta en la cual ardió la llamarada de la fe en el nuevo estado. Son incontables los episodios heroicos que realizaron esos seres miserables en pos de su fe. Recibieron con desinterés a los inmigrantes del mundo entero, les dieron asilo, hogar, trabajo, a medianoche, con el agua al cuello, cargando los enfermos y niños y ancianos desde barcos fantasmas que huían al alba; les daban incluso el nombre, porque muchos venían de campos de concentración sin papeles, ni memoria, ni familia, ni dignidad. Y les dieron también dignidad para que reconstruyeran su propio ser derruido y reelaboraran el elan del alma. Y como la propiedad era de todos los comunitarios, de todos los kibutzianos en tanto en cuanto trabajaban, pues simplemente la torta se reducía mientras el nuevo kibutziano producía pero tornaba a acrecentarse con su trabajo y el de su familia. Pero se necesitaba sin duda idealismo a todas horas.

Una vez consolidado Israel como nación soberana y como estado con entidad jurídica, se cayó en la praxis de todo trabajo humano. Decayó el idealismo. Los partidos políticos recortaron el aliento inicial en cuanto idealismo. Además, el espectáculo de los moshav, que marchan muy bien y que son tan solo cooperativas perfeccionadas, hacía mirar con un si es no es de desgano, el kibutz. Y, por qué no decirlo, quizá el ahinco recóndito que el ser humano pone en la propiedad desde el vientre materno, determinaron un declinar de los kibutzim. Los cuales actualmente solo subsisten con vigor en las fronteras, como punto de referencia de vigilancia frente a los estados árabes y de prestación de servicio militar obligatorio para hombres y mujeres, los sabras y las sabras. Por cierto que a las jóvenes que estudian magisterio les es más breve y más llevadero el servicio militar en los kibutzim porque les crea incentivo para la enseñanza.

Además, muchos kibutzim entraron en el período de la competencia capitalista de sus productos, porque tienen que medirse con los productores extranjeros. Para ello han contratado asalariados de diversa procedencia, no afiliados al kibutz. Con lo cual desaparece el sentido comunitario. Se llega, así, a una figura que desdibuja de su sentido idealista original, los kibutzim.

Actualmente, los moshav han cobrado un vigor extraordinario. En ellos, cada participante tiene un título, una acción o varias. Todos trabajan para todos en el ciclo de la producción, pero cada quién es dueño precisamente de un lote, precisamente de una vivienda, precisamente de unos elementos. Lo cual hace pensar: subsistirán los kibutzim (es el plural de kibutz) o, por el contrario, los moshav los arrollarán? No lo sé. La misma pregunta se la hacen a diario los tratadistas, periodistas, profesores universitarios, dirigentes políticos.

---

## VISITA A UNA TUMBA CENTENARIA

*Por el Hermano Daniel*

La profesión de la *guaquería*, formadora en otros tiempos de apreciables fortunas, va desapareciendo paulatinamente a medida que los centros urbanos reclaman para sí su espacio vital y a medida también, que los sitios guardadores de los preciosos "dorados" se han visto vaciados por esa "auri sacra fames" que como una obsesión persiguió a nuestros *guaqueros* de antaño.

Mas, no se crea por esto que ha desaparecido del todo el oficio de los buscadores de oro. Sus sombras reminiscentes se pasean por las colinas del Quindío o por el centro de Antioquia con su inseparable "mediacaña", en acecho de todas las depresiones que se hallen en las pequeñas o grandes eminencias de los sitios reputados famosos en guacas y entierros.

Su instrumento, a modo de recatón encorvado, está adaptado para cavar en forma rápida un hueco estrecho en el cual han de aparecer estratificaciones y tierras dispuestas de modo característico por el aborigen.

Por los contornos del Municipio de Medellín, deambulan dos ejemplares de éste ya casi fenecido gremio de gUAQUEROS. Desconfiados y astutos no dan su nombre al que no han conocido muy de cerca; en sus pupilas inquietas se reflejan las fatigas y sorpresas que les ha brindado su extraña profesión; recelan de todos en medio de su aparente candidez cuasiangelical. "El oro es un metal muy vivo, por eso huye al que lo busca de mala fe", dice uno de ellos... y sigue bajando en su guaca, aparentando actividad febril, cuando en realidad, sólo realiza una apariencia de trabajo mientras busca el pretexto de alejar a todos los impertinentes y curiosos que por ventura lleguen a aproximarse en los momentos culminantes de descubrir el fondo de la tumba. El compañero es el baquiano del oficio; cuenta raras historias de sus encuentros y aventuras en poblados y despoblados; vigila los contornos mientras su ayudante se hunde bajo tierra y sólo penetra con decisión al sarcógrafa centenaria cuando las últimas paletadas van aproximando a los buscadores a su perseguido objetivo. Nunca se descubre la cabeza, ni dentro del socavón, ni ante sus interlocutores; se preguntaría si no hay detrás de esta rara costumbre una consigna íntimamente ligada a los hados benéficos portadores de la buena suerte. Al observar más de cerca, se advierte que una abundante cabellera negra se recoge hacia la coronilla por debajo del sombrero. Cual otro Sansón, ha hecho pacto con sus cabellos, no ya para dominar las manifestaciones de la fuerza, sino para atraer sobre sí la mirada bondadosa de los manes misteriosos y encantados que impalpables flotan en la atmósfera recatada del socavón.

El hecho ocurrió en las proximidades de Girardota. Allí, en una de las varias colinas, residuo de las acumulaciones pleistocénicas en la época de los glaciares, fue abierta una tumba que por sus condiciones puede ser catalogada en las de resbalón con ampliaciones en el fondo, que tan exactamente describe el Doctor Manuel Uribe Angel en su "Geografía del Estado de Antioquia". Tenía unos cinco metros de profundidad; en el fondo se abría una bóveda lateral semi-esférica como casa de esquimales, de unos tres metros de diámetro; al frente, otra semejante en la forma pero de más reducidas proporciones; antes de llegar al fondo en donde reposaban los objetos y riquezas del amo indígena, había logrado encontrar con mis compañeros de observación un par de hachas de piedra; allí, en tierra perfectamente removida por los remotos enterradores y colocados en forma intencional, se encontraban numerosos huesos que, parecía, habían sido seleccionados y colocados junto con los dos instrumentos líticos. Hay que tener en cuenta que éste era uno de los principales motivos de la observación, pues ya en tiempos anteriores, otras tumbas habían sido saqueadas en la misma región, e idénticos hallazgos habían sido hechos; varios molares eran de caballo lo mismo que otros huesos.

Cómo habían ido a parar a aquellas tumbas? Este era el interrogante que había surgido desde el primer encuentro hacía más de dos años. En esta ocasión (abril de 1947) se seleccionaron con más detención los huesos y los molares ca-



paces de ser identificados. Su estado de conservación era muy semejante a la de los verdaderos fósiles cuaternarios hallados entre escombros arcillosos, de suerte que a primera vista daban la sensación de una vejez notable; esto había dado base para que a raíz de los primeros hallazgos se hubiera avanzado la hipótesis de que probablemente los autores del entierro hubieran estado en presencia de algún residuo fósil que por sus características les hubiera llamado poderosamente la atención y, debido a esto, lo hubieran trasladado con veneración supersticiosa al sitio mismo en donde cavaron sus sepulcros.

No era posible suponer el entierro accidental de un caballo en la parte superior de aquella pequeña necrópolis, ya que no se hallaron rastros de que algún animal hubiera sido depositado allí completo; en otra, nuevos molares con fragmentos de algunos huesos largos y en la que nos ocupa, dientes de caballo, fragmentos de huesos y molares de un rumiante ya muy disgregados, todo colocado junto con las dos hachas de que ya se hizo mención.

El *Equus andium* o caballo de los Andes de los períodos prehistóricos, o *Equus curvidens* hubieran podido ser los posibles dueños de aquellas osamentas guardadoras de las tumbas, en caso de tratarse realmente de "alazanes cuaternarios", ya que ellos existieron por estas laderas mucho antes de presentarse el primitivo hombre americano; estas especies desaparecieron por completo, de suerte que los conquistadores hispanos tuvieron que introducir como una novedad el caballo moderno, ante los ojos atónitos de los indígenas, quienes creyeron habérselas con centauros.

Después del primer encuentro en la necrópolis de Girardota, nuestros dos prohombres, como dos Quijotes encantados con su ideal, que casi dejaban ver la luz a través de sus magras fisonomías, oyeron hablar de aquel posible caballo *cuaternario*; desde entonces, refirieron muchas veces ante auditorios ingenuos y deslumbrados, que ellos habían encontrado en aquellos sepulcros añejos "dientes de unos caballos *ecuatorianos*".

Ante la necesidad de confrontar aquellos especímenes, era preciso acudir a un especialista en anatomía comparada, la ciencia creada por el gran Cuvier, por medio de la cual demostró, a base de un insignificante residuo, la presencia de los didelfos en Europa durante los tiempos del Terciario. A pesar de que se tratara de animales muy conocidos, como podía suceder en nuestro caso, ante residuos que suscitaban un interrogante de interés y, por otra parte, en condiciones precarias de conservación, era preciso hacerlo. En consecuencia, parte de las muestras fueron enviadas al profesor G. L. Gazin especialista en Paleontología de Vertebrados del museo Smithsonian de Washington.

Su informe, traducido de la carta enviada al suscrito reza así:

"Un premolar superior, dos molares y la porción próxima a la unión metatarsiana de un buey, aparentemente de ganado doméstico; y un premolar superior de leche y fragmentos de un molar inferior pertenecientes a *Equus*, una especie pequeña de caballo.

"El asocio de estas dos clases de residuos en una tumba indígena, sugiere una edad post-colombiana, tanto más, cuanto el ganado fue introducido por el hombre blanco durante los tiempos históricos".

Jerónimo Luis Tejelo y sus compañeros introductores de hortalizas y animales domésticos recorrieron estas regiones desde el año 1539 en adelante, ya que en esta época se unió a Robledo después de haber servido a las órdenes de Heredia y del oidor Badillo. Es permitido suponer que los indígenas, asombrados ante la corpulencia y utilidad de estos animales domésticos, tomaron los restos

como amuletos y reliquias, poco después de las primeras colonizaciones, para depositarlos luego sobre la madre tierra que arrojó sus osamentas en estas prolongaciones del Valle de Aburrá hacia Girardota.

De acuerdo con estas lógicas suposiciones tienen estos cementerios indígenas cerca de cuatro siglos de existencia. Ellos vieron por consiguiente, el fenecer de unas costumbres que poco a poco cedieron su paso ante el avance de otras culturas; la extinción paulatina de unos dominios que de modo súbito presenciaron el cambio radical de su trayecto frente al avance inexorable de la historia.

Esto fue lo que no captaron las retinas móviles y visionarias de nuestros dos deliciosos guaqueros, quienes continuaron vislumbrando, a través de sus ensañaciones de ultratumba, la sombra mágica de los caballos *ecuatorianos* por ellos descubiertos.

---

## EL PAPA Y EL DEPORTE

### *Discurso del Papa Paulo VI al Comité Olímpico Internacional*

#### *Los Juegos Olímpicos, asamblea universal de la paz*

Deseamos la más cordial bienvenida al Comité Olímpico Internacional y a su muy digno presidente.

Las nobles palabras del Señor Avery Brundage y los términos con que vuestro intérprete, el abogado Julio Onesti, nos ha presentado a los miembros de vuestra sexagésimacuarta sesión, nos emocionan profundamente, pues testimonian vuestro interés de no terminar los trabajos de vuestra asamblea sin haber tomado contacto con la autoridad espiritual que Nos representamos.

A ella, pues, va dirigido vuestro homenaje de hoy. Y, en primer lugar, a la venerada memoria de nuestros predecesores, que os agradecemos hayáis mencionado: desde Pío X, que tan paternalmente alentó la noble empresa del Barón Pedro de Coubertin, restaurador de los Juegos Olímpicos, hasta Juan XXIII, que aquí mismo recibió en 1960 a los atletas de 83 naciones, y, algunos días más tarde, en Castel Gandolfo, a vuestro Comité, sin olvidar a Pío XII y su vasta y magistral doctrina sobre el papel de la actividad física y deportiva en la vida del hombre moderno, doctrina que el reciente Concilio, se puede decir, ha condensado y codificado en algunas frases ricas en contenido, cuya evocación sabemos que también os ha sido grata.

Nos permitiréis considerar vuestra presencia aquí, señores, como una invitación al diálogo con el mundo del deporte. No sois vosotros su autoridad más elevada y calificada? Qué interlocutor de más valía podríamos desear que el Comité Olímpico Internacional?

Sin embargo, a primera vista, este diálogo podría extrañar. Las objeciones se presentan por sí solas al espíritu. Y primeramente ésta, la más natural: qué viene a hacer la religión en la educación física? Es posible imaginar dos interlocutores más diferentes? El uno, del todo vuelto hacia Dios, hacia el alma, hacia lo espiritual; el otro, plenamente ocupado del hombre, y de lo más material del hombre: su cuerpo, sus miembros, sus músculos. No es ajeno, por definición, el deporte a la religión? Hay más: la misma forma con que hoy se presenta la actividad deportiva, es decir, la competición, la pugna, el esfuerzo por superar al

adversario, no se manifiesta el deporte como un aliento a la rivalidad, como elemento de división, factor de disgregación social? Y qué predica la religión sino el entendimiento, la armonía, la fraternidad, la abolición de antagonismos, la paz social?

Mas aún, el título mismo de vuestra organización, "Juegos Olímpicos", no suena a una especie de desafío contra quien trabaje en la obra más grave, más seria que existe en el mundo: conducir las almas a Dios, santificarlas, salvarlas? ¡Qué frivolidad hablar de juegos, podrían decir algunos, pensando en lo trágico del destino eterno del hombre!

La Iglesia considera estas objeciones, que podrían impresionar a algunos espíritus, más artificiosas que sólidas. Porque advierte en ellas presupuestos que no puede admitir porque está interesada en realzar todos los verdaderos valores y entablar resueltamente diálogos con el mundo de hoy, en las diversas expresiones que puede revestir la vida personal o la vida en sociedad.

Ya considere el deporte como educación física, o como educación moral y social o, en fin, como educación internacional, en los tres campos descubre no solamente puntos comunes, sino también armonías profundas y una especie de relaciones de parentesco entre la sana práctica del deporte y su doctrina. Quién podría extrañarse? No es el mismo Dios quien ha creado el alma y el cuerpo, la belleza moral y la belleza física? No temamos, el verdadero Dios es amigo de la vida, pues es su autor, y no puede menos de aprobar la competición y el juego, si se hace uso de ellos dentro del respeto mutuo y con el interés por el verdadero bien del hombre.

### *El Deporte, como educación física*

Consideremos primeramente el deporte bajo su aspecto de educación física. La concepción cristiana del cuerpo humano, la de la Iglesia, le permite aplaudir sin reservas todo lo que esta educación supone de bueno y de sano.

La Iglesia considera el cuerpo humano como la obra capital de la creación en el orden material. Pero superando el examen físico de las maravillas que encierra se remonta hasta su origen, hasta aquel que lo anima con "un aliento de vida", empleando las palabras de la Escritura, y lo hace morada e instrumento de un alma inmortal.

A esta primera dignidad que le viene al cuerpo de su origen, suma, a los ojos del creyente, la que le confiere su redención por Cristo, la que arrancaba a San Pedro los patéticos reproches de su primera carta a los Corintios: "Es que no sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo...? No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que residen en vosotros, y que vosotros no os pertenecéis a vosotros mismos? Porque habéis sido rescatados a un gran precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" (1 Cor., 6, 15; 19-20).

Hay mas a los ojos del cristiano: este cuerpo perecedero y entregado a la muerte sabemos resucitará un día para no morir más. "Creo en la resurrección de la carne", profesa la Iglesia en su Credo. Fue Cristo quien lo prometió: "Quien cree en mí, si está muerto, vivirá, y quien vive y cree en mí, no morirá jamás" (Jo., 11, 26). Llegará el momento en que los muertos escucharán la voz del Hijo de Dios, y quienes la escuchen vivirán" (Ib. 5, 25).

Ved ahí algunos trazos de lo que la Revelación nos enseña sobre la grandeza y dignidad del cuerpo humano, creado por Dios, rescatado por El y destinado a vivir en El eternamente. Cómo no va a ser la Iglesia la primera en alen-

tar la valoración de este maravilloso instrumento por medio de una educación física apropiada? Culto al cuerpo, divinización del cuerpo, ciertamente que no; pero ejercicio físico, gimnasia, entretenimiento en el endurecimiento, en la agilidad, en el vigor, con las precauciones debidas y respetando los valores superiores en el orden físico, qué hay más conforme con una sana razón, con los designios del Creador, con la doctrina de la Iglesia?

Pero hay algo más en el deporte que la sola educación física. Se revela también como un poderoso factor de educación moral y social, y el diálogo con la Iglesia se hace aquí más cordial aún, pues los puntos de vista se aproximan notablemente.

#### *El Deporte, factor de educación moral y social*

En primer lugar, ¡qué escuela de lealtad la práctica del deporte! En cuanto honor, se estima en él el "fair-play". ¡Qué menospreciable y antideportivo resulta en él toda tentativa de fraude! Y luego, ¡qué ascesis! ¡Qué antídoto de la molicie, de la indolencia o del dejar hacer! ¡Qué maestro tan exigente es el deporte! ¡Qué disciplina supone, qué espíritu de sacrificio, qué dominio de sí, qué coraje, qué tenacidad!

Pero permitid que os lo digamos, señores: ¡todo esto es nuestro! En qué situación se enaltece más que en la revelación cristiana estas virtudes morales, que tan poderosamente contribuyen a perfeccionar la persona humana, y que la gracia de Cristo eleva a su más alta cumbre de finura y perfección?

Y si el deporte puede también contribuir a la perfección de la persona humana, cómo va a revelarse dañoso para la sociedad y resultar un elemento antisocial o asocial, de acuerdo con la objeción que Nos mismo mencionábamos hace unos momentos? La práctica de vuestros admirables juegos olímpicos reduce a la nada esta objeción, y muestra en el deporte un factor del más elevado rango social cuando se practica siguiendo vuestros principios y los de todos los verdaderos deportistas.

En ellos no está puesto el acento en la medalla a conquistar, en el adversario que hay que derrotar, en la forma física por la forma física. Se sirve a la causa y no a la ambición de la recompensa. Con qué energía defendéis el "deporte amateur" contra la invasión del profesional, del "gladiador pagado", como lo llamaba el restaurador de los Juegos Olímpicos. Decís un no enérgico a la invasión comercial y a la invasión política. Porque sabéis que a este precio se mantiene el deporte al nivel social y educativo que debe tener.

Vuestro orgullo es la fraternidad, el respeto mutuo, la comprensión, el espíritu de equipo. El Barón de Coubertín exigía más aún: "Ante todo —decía—, es necesario que mantengamos en el deporte las características de nobleza y caballerosidad que lo han distinguido en el pasado". Magníficas palabras que la Iglesia, por su parte, no puede menos de aplaudir.

#### *El Deporte, medio de educación internacional*

Pero es preciso ampliar aún más el horizonte y ver el deporte en las dimensiones del mundo, como medio de educación internacional. Pues hay en el deporte una característica que vuestra institución pone admirablemente de relieve: su universalismo. El hombre es en todas partes el mismo. El verdadero deporte no conoce fronteras, ignora las discriminaciones basadas en el color de la piel o en la pertenencia a un grupo político. Cada uno se impone su propio valor.

De aquí se deduce que la práctica del deporte a nivel internacional, que encuentra su más perfecta expresión en los Juegos Olímpicos, se ha revelado como un factor destacado en el progreso de la fraternidad entre los hombres y para la difusión del ideal de la paz entre las naciones. En el marco de las competiciones internacionales, los participantes de los diversos países aprenden a conocerse, a estimarse unos a otros, a practicar entre ellos la hospitalidad y todas las atenciones sugeridas por las costumbres de la cortesía internacional. Aprenden a enfrentarse en la lucha pacífica del estadio y de la palestra, y no en las luchas fratricidas de los campos de batalla. La guerra, esa gran enemiga del género humano, es también la enemiga por excelencia de vuestras nobles y plausibles competiciones. En efecto, recorriendo la lista de los Juegos Olímpicos celebrados cada cuatro años desde su fundación, aparecen huecos en las fechas fatídicas marcadas por los conflictos sangrientos: 1916, 1940, 1944. Quién osaría calificar de "frívolos" a estos "juegos" que consiguen plenamente —como se nos acaba de decir excelentemente hace unos momentos— lo que los políticos apenas vislumbran en medio de muchas fatigas y obstáculos? Para un observador imparcial, sois una gran institución de carácter universal al servicio de la paz del mundo.

La Iglesia persigue fines de orden espiritual, trascendentes con relación a todo interés humano. Pero, quién puede negarle que es, ella también, una gran institución de carácter universal al servicio de la paz del mundo? Aquí una vez más, lo veis, el encuentro es fácil, y el diálogo, natural entre la Iglesia y el deporte.

Apreciados señores: leemos en los "Principios Generales", colocados al comienzo de vuestros estatutos, que "el objetivo del movimiento olímpico es exaltar a la vez en la juventud el esfuerzo físico y las cualidades morales, que son la base del deporte "amateur", como también (...) contribuir al amor y al mantenimiento de la paz entre los pueblos". Esfuerzo físico, cualidades morales, amor a la paz; sobre estos tres puntos, esperamos habérselo mostrado, el diálogo que la Iglesia mantiene con el mundo del deporte, es sincero y cordial. Nuestro deseo es que sea cada vez más amplio y fecundo.

Este deseo os lo confiamos pidiendo para vosotros, vuestras familias, vuestras patrias y para la feliz continuación de vuestros trabajos las más abundantes bendiciones del cielo.

---

## SIGA NO MAS

*Por José Luis López*

Todo el mundo sabe que en las ciudades y aldeas la acera es la orilla de la calle, sita junto al paramento de las casas y de los edificios, particularmente destinada para el movimiento de las personas que van a pie. Los que ahora llaman peatones.

Porque la calzada se reserva naturalmente para los demás viandantes. Los motorizados, muy ufanos, que avanzan por combustión interna; los que marchan en vehículos accionados por otros animales no racionales; y los ciclistas, en vía y contravía, rutereros soberanos, que pertenecen a un tipo intermedio entre aquellas dos especies.

Tal ha sido, pues, el uso inveterado, tradicional y constante de las aceras en el desarrollo de la comunidad urbana, que otros dicen citadina, vocablo éste

no autorizado todavía por la academia. Y en el principio de los tiempos, con un sentido altruísta casi piadoso, las aceras estaban cubiertas y guarnecidas por aleros y balcones voladizos que protegían a los transeúntes contra el rigor de la canícula o contra la inclemencia de los chubascos torrenciales. Eso se acabó porque, como observa alguno, la humanidad progresa padeciendo.

Pero al servicio normal y corriente de las aceras, para deambular, para ir y venir, para vueltas y revueltas, se le han adscrito otras funciones colaterales que la necesidad impone o que las conveniencias públicas determinan. Todo ello con mengua, menoscabo y detrimento del fin primordial que perseguía aquella amable infraestructura urbanista y arquitectónica, no otro por cierto que el tránsito pedestre en esta vida mortal.

Efectivamente, las vitrinas y escaparates llamativos y provocativos de tiendas y almacenes, con los cuales el comercio moderno practica el lema de que anunciar es vender, atraen marchantes, parroquianos y tratantes y suscitan sesiones animadas, verdaderos simposios, en que se discute con vehemencia sobre los géneros y sobre las especies, así como sobre precios, gustos y calidades. En las bocacalles y en otros lugares de concurso los carteles murales, tocados de sensacionalismo, dan una voz de alto a las gentes que pululan. A su vez, los buhoneros ambulantes y estacionarios, con estentóreo pregón, aglomeran y paralizan en torno suyo un público espontáneo, advenedizo, fluctuante, ondulatorio, curioso, ocioso y peligroso. Por su parte, la mendicidad, organizada y patrocinada, sienta sus reales y ostenta su falta de reales, en tétrico aposentamiento, con gran despliegue de asistencia y camas. Igualmente, los expertos en asesoría tributaria y en otras gestiones administrativas, al lado de los despachos oficiales, arman y desmontan sus equipos de quita y pon. Y, no finalmente, los corrillos juveniles y post-juveniles se agolpan a presenciar y comentar el desfile de estrellas sobre el collado que a Junín domina. De suerte que entre esa avalancha de torbellinos tumultuarios se interrumpe el tráfico de los que codeando y jadeando, con sangre, sudor y lágrimas, en un roce social peyorativo, tratan angustiosamente de ir y de venir por las aceras.

Así es que el peatón es hoy el Juan sin Tierra, el hombre paria, el extraño sin agua y sin fuego, el único forastero en Jerusalén. Con la circunstancia agravante de que, por falta de cultura vial y de educación cívica, él mismo hace más ardua su suerte y más amarga su tragedia, ya que, desalumbrado y vacilante, no sabe ejercitar su derecho de locomoción, limitado por normas escritas y por el derecho ajeno, desconoce los reglamentos de la circulación, ignora luces, colores y señales, no atina con los espacios libres y, las más de las veces, si no padece daltonismo sufre desconcierto semafórico.

Enhoramala, las tranquilas aceras del pasado, monumentos de romanticismo y de leyenda, cumplieron su misión histórica pro beneficio de las muchedumbres errabundas, sin rumbo y sin meta; de los filósofos contertulios en caminatas de nutrido diálogo; y de las parejas soñadoras, asidas de las manos e indiferentes al mundo circundante. Percibieron por obra y gracia de las turbas abigarradas y anónimas. Ellas nacieron para establecer el orden y evitar el caos, pero el caos las devoró. Que doblen las campanas por los viejos andenes queridos llenos de parsimonia y de recuerdos. Una vez más en la evolución de las costumbres y de los ordenamientos jurídicos, las instituciones vuelven al punto de partida. Ciertamente, conforme a las teorías de la ley del péndulo y de la espiral del progreso, la civilización se muerde la cola.

**Notas**

**LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA  
Y EL TRIGESIMO ANIVERSARIO DE LA U. P. B.**

Bogotá, Agosto 9 de 1966

Reverendísimo Monseñor:

Tengo el gusto de transcribir a Su Señoría la proposición aprobada por la Conferencia Episcopal en la XXII Asamblea Plenaria:

“La XXII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal registra con justa complacencia el trigésimo aniversario de la fundación de la *Pontificia Universidad Bolivariana*, reconoce y aplaude la obra que ha realizado para el bien del país y honor de la Iglesia, da una voz de aplauso a su Ilustre Rector y al cuerpo de profesores y estimula a los colombianos para que le presten su ayuda a la benemérita institución.

Bogotá, 7 de Julio de 1966”.

Aprovecho esta ocasión para expresarle mis personales sentimientos de consideración y alto aprecio, mientras me suscribo como, atento y seguro servidor,

(Fdo.) † *Aníbal Muñoz Duque*, Presidente Conferencia Episcopal.  
Arzobispo de Nueva Pamplona

Al Ilustrísimo y Reverendísimo  
Monseñor *Félix Henao Botero*  
Rector de la Pontificia Universidad Bolivariana  
Medellín.